

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 23 de enero de 2019**

Texto de referencia: L. Giussani, Por qué la Iglesia, Encuentro, Madrid 2014, pp. 302 a 313.

- *Negra sombra*
- *L'iniziativa*

Gloria

«Tú estás en todo y eres todo para mí, habitas en mí misma, no me dejes nunca, sombra que siempre me asombra» (*Negra sombra* de R. de Castro y J.M. Capón). Es un deseo elemental del hombre que se pueda eliminar la diferencia entre cosas más importantes y cosas menos importantes, pero esto solo es posible cuando todas están traspasadas por una Presencia que las hace nuevas. De hecho, como dice la Escuela de comunidad, no somos capaces de vencer esta separación: «La santidad cristiana está en las antípodas del modo que tienen de concebir la santidad todas las religiones, pues estas la entienden como una separación de la normalidad cotidiana» (p. 302). En algún momento, cuando sucede un evento especial, quizá nos habla de ese «todo», pero después se vuelve a la separación. Por eso se trata de una gran provocación; pero más que una provocación, es una promesa preciosa: la experiencia elemental que uno descubre descrita en un canto puede llegar a ser cotidiana, porque es lo que todos deseamos. La concepción cristiana de la vida afirma precisamente que «nada es profano» (*ibídem*), que nada carece de valor, sino que todo puede llegar a ser sagrado, es decir crucial, decisivo para vivir.

Pero muchas veces nos preguntamos: ¿cómo es posible? ¿Cómo es posible que una circunstancia pueda llegar a ser sagrada, cuando a nosotros nos parece que no tiene valor, que no tiene interés, que carece de utilidad? Es una cuestión que no puede dejar de interesar a quien ame verdaderamente la vida. Independientemente de lo que uno haga en la vida o de lo que quiera, independientemente de la imagen de santidad que uno tenga en su cabeza y de que le interese o no ser santo, no puede dejar de interesarle que cada cosa tenga un valor. Este es ya el primer desafío que lanza la Escuela de comunidad a nuestro concepto de santidad, muchas veces reducido a algo beato o para algún que otro superhéroe, en lugar de considerarla como algo que tiene que ver con la vida, con la cotidianidad de la vida.

Me pregunta una persona que no ha podido venir esta noche: «Cuando un hijo te hace enfadarte de verdad (como me sucedió ayer a mí, porque mi hijo no me escuchó e hizo lo que le dio la gana) me pregunto: ¿cómo es posible que también esa circunstancia llegue a ser sagrada, es decir, en función de Cristo?». Cuando tu hijo te vuelve loca, o lo estampas contra la pared o te ves obligada a mirarlo en su verdad. Entonces te remite a Cristo, que es la verdad de tu hijo. Pero con frecuencia no seguimos la provocación de la realidad, no nos dejamos despertar por ella, y entonces es como si faltase siempre una pieza. ¿Cuál?

Soy inquieta por naturaleza, y en este último periodo estoy todavía más inquieta. El motivo es muy sencillo: últimamente sorprende dentro de mí un corazón de piedra, me parece que las cosas me resbalan, que no retengo nada de lo que me sucede, y por la noche me acuesto con el corazón lleno de tristeza y un vacío profundo. Obviamente me he preguntado el porqué de esta tristeza y de este vacío, y no he podido dejar de reconocer que son signos que traducen con palabras distintas el afecto real que yo tengo por Cristo. Sin embargo, haber reconocido esto me parece que no es suficiente: no me hace estar más contenta y creo que tampoco me hace estar más atenta a lo largo del día. En definitiva, me parece que mi corazón sigue siendo de piedra, a excepción de esos momentos de lucidez al final del día. Entonces, ¿qué es lo que falta? ¿Por qué no sucede en mí ningún cambio? A propósito de esto he leído la Escuela de comunidad, pero me ha costado mucho comprender el texto, hasta el punto de bloquearme incluso porque me parece que hace coincidir la santidad con la persona que es buena y justa, que no cae en este obstáculo que es el pecado. Sin embargo, yo ni soy buena ni justa: por eso me ha parecido una santidad lejana, incluso poco deseable, porque lo que me interesa en la vida no es ser alguien «estupendo» (¡tampoco sería capaz de serlo!). Quería pedirte que me ayudaras para saber cuál es el camino que debo recorrer. ¿Qué falta en mi experiencia que no soy capaz de ver? ¿Qué quiere decir «para mí» estar llamada a la santidad? Creo que intuyo en general que la pieza que falta es un afecto por Cristo que tiene que crecer...

Debemos dejar abiertas estas preguntas, recordando que no es a través de explicaciones como podemos captar lo que tratamos de entender, porque esto se desvela únicamente en la experiencia. Por eso nos ayudamos unos a otros con nuestros testimonios. La primera cuestión, amiga, es que tu tentación la tenemos todos: querer medir nosotros nuestro cambio. Decimos: «No cambia nada», «tengo el corazón de piedra», «no entiendo nada», «no sé qué es la santidad», y entonces prevalece siempre lo que falta. Pero cuando estás triste, cuando sientes que te falta todo, ¿has pensado alguna vez que esa tristeza o ese vacío podrían ser algo que apremia dentro de ti para hacerte volver a Él? Quizá empezarías a darte cuenta de que el cambio ya se está produciendo dentro de ti.

¿Qué quiere decir para ti estar llamada la santidad? Estar llamada a vivir verdaderamente tu humanidad, a vivir todo – el vacío, la tristeza, la incoherencia, incluso tu mal– desde dentro de tu relación con Cristo. No es cuestión de ser buena y capaz; de hecho, justamente porque no lo eres, necesitas dejar que Él atraviese cada circunstancia de tu vida. El niño llora y busca a su madre no porque sea más capaz, sino porque la necesita. Entonces, la cuestión es si tú utilizas todas estas necesidades, como decimos siempre, incluso el gesto más banal, incluso el vacío más elemental, como ocasión para vivir la relación con Cristo. Esta es la pieza que falta. Al niño no lo detiene el hecho de no ser capaz, no se plantea este problema, llora porque necesita una relación, y llorando entra en relación. Todo sirve para entrar en una relación. De forma análoga, la llamada a la santidad tiene que ver con la posibilidad de que todo cuanto vivamos se convierta en camino, se vuelva sagrado, llegue a ser ocasión para una relación. Pero es preciso descubrirlo en la realidad.

La Escuela de comunidad sobre la santidad ha iluminado una parte de mi experiencia. Cuando Giussani habla de milagro dice que «para que pueda considerarse como una llamada de atención de Dios, el acontecimiento milagroso debe tener una función edificadora de la conciencia de la persona» (p. 309). Esto me ha impresionado mucho, porque el milagro no es algo impactante en sí.

¿Qué quiere decir «función edificadora de la conciencia de la persona»?

Que ahonda mi conciencia, y eso me hace entender mejor quién soy.

Quién eres y para qué estás hecha.

Por tanto, si no es esto, a contrariis, no es milagro, porque no me edifica. Y a continuación aclara que la condición para acogerlo es que yo tenga «espíritu religioso, el sentido de [mi] propia sujeción original» (p. 309); y añade que la cuestión se juega por completo en la libertad que elige «entre autosuficiencia y dependencia, entre la vida como afirmación de sí mismo y la vida como afirmación de Otro» (p. 309). Me impresiona que la conciencia de este sentido de mi sujeción original sea lo único que me permite ver los milagros que Él realiza. O yo lo espero todo del Único que puede responder a mi necesidad infinita de felicidad, y esto me hace pobre y me hace estar atenta a los signos, o yo me hago la ilusión de que ya no soy dependiente, de que lo que puede cumplir mi vida es lo que hago, es decir, me hago la ilusión de ser de algún modo autosuficiente. Y esto me desilusiona enseguida y me llena de amargura. Pongo un pequeño ejemplo. Algunos amigos y yo organizamos y después realizamos una fiesta de cumpleaños para celebrar los 40 años de una amiga muy querida. Un sitio precioso, muchos invitados, un buffet estupendo, juegos, cantos, un vídeo final... Todo cuidado hasta en el más mínimo detalle. Al día siguiente una persona me preguntó si estaba contenta de la fiesta y yo le respondí que había llegado exhausta, porque había trabajado esa tarde, pero adherirme en cada momento a lo que sucedía me había regenerado, incluso físicamente. Y después le dije: «Sin embargo, lo que más me ha impresionado y que me llevo a casa es que lo habíamos preparado todo con cuidado, pero lo que ha sucedido ha sido mucho más, ¡mucho más! Y esto es lo único que podía hacer de aquella fiesta algo pleno, y no algo lleno de amargura, es decir, yo no esperaba la plenitud de lo que había hecho, sino que esperaba que Él hiciese pleno, verdadero, lo que yo había hecho». Y como me pareció que no me había explicado bien, se me ocurrió esta comparación: «¿Sabes cuando la antífona del ofertorio dice: te ofrecemos las cosas que tú mismo nos has dado y Tú, a cambio, te donas a ti mismo? Siempre me ha impresionado. ¡Se trata de un «intercambio» verdaderamente desigual! Yo te doy lo que Tú me has dado, y a cambio te das a ti mismo. ¡Qué desproporción! Pero es la única proporción adecuada a mi condición humana. Pues bien, esto es lo que ha sucedido para mí en la fiesta y por eso he podido gozar de ella». Cuando terminé de hablar con aquella chica me sorprendí no solo porque era totalmente verdadero y correspondía a lo que había vivido, sino porque era como si hubiese comprendido el fondo de la fiesta gracias a las palabras de la liturgia. Cuando Giussani dice que en el cristianismo no hay ya nada profano, dice exactamente esto porque, si no fuera así, ¿cómo habría sido posible que para explicar una fiesta –¡algo profano!– utilizara un pasaje de la liturgia? Porque ese pasaje explicaba mejor que cualquier otra cosa ese trozo de realidad vivida así, una cosa profana, pero que ya no es profana, es decir, es

sagrada. Y esto permite comprender que es verdad que, vivida de este modo, «toda la realidad es el gran templo de Dios» (p. 302).

En cualquier situación, no solo cuando falta algo, sino incluso cuando lo tenemos todo, por ejemplo cuando una fiesta sale fenomenal, si no somos remitidos más allá, al Otro que da significado a todo, estamos acabados. «Yo no esperaba la plenitud de lo que había hecho, sino que esperaba que Él hiciese pleno, verdadero, lo que yo había hecho». Muchas veces pensamos que la vida nos deja tristes porque falta algo, y que si las cosas fuesen bien, entonces nosotros estaríamos bien. Y sin embargo no, incluso cuando las cosas van «de cine» –como se suele decir–, si ellas no me abren al Único que puede llenar mi vida, no puedo decir con la liturgia que ofrezco a Dios todo lo que hago para que Él me dé su persona. Es a esto a lo que estamos llamados, para que todo lo que suceda en la vida puede llegar a ser sagrado. Es el camino que somos invitados a hacer. ¿Por qué? Porque cuanto más entramos en este nivel de la realidad en que consiste la santidad, tanto más empieza la vida a volverse interesante, y uno comprende que nada es irrelevante, que nada es profano y que todo puede ser sagrado, todo puede ponerme en relación con el Único que puede responder a mis preguntas.

Esto responde también a una persona que me pregunta: «Me gustaría que me explicaras cómo utiliza la palabra liturgia en el epígrafe de la unidad en el planteamiento de la vida». No existe un modo más bonito de explicar esta palabra –liturgia– que el que acabamos de escuchar. ¿Por qué? Porque se comprende la profundidad de la liturgia no solo cuando vamos a misa, sino también cuando vivimos toda la realidad según la dinámica más profunda de lo que celebramos en la misa: ofrecemos a Cristo el pan y el vino y Él se nos da a sí mismo. Al vivir las cosas de este modo, empezamos a percibir la realidad con una diferencia tal que nos asombra. Dice Giussani que «la santidad no es una anomalía [no es algo fuera de lo común]: no es nada más que la realidad humana que se cumple según el designio que la ha creado»; entonces, «el santo es el hombre verdadero». ¿Y por qué es verdadero? «Porque se adhiere a Dios» (p. 302). La cuestión es si en todo lo que vivimos podemos adherirnos a Dios, que sale a nuestro encuentro precisamente a través de lo que vivimos.

Esto es lo que poco a poco debemos aclarar esta noche: ¿en qué consiste este adherirse a Dios? ¿Qué quiere decir que la santidad consiste en la realización integral de la propia personalidad?

Tengo una pregunta con respecto a este punto: «El santo es el hombre que realiza su personalidad, lo que está llamado a ser, de forma más integral», personalidad que más adelante identifica «por su claridad de conciencia de la verdad y por su uso de la libertad» (p. 303). Este párrafo ha hecho que vuelva a mi corazón el deseo, el anhelo de que mi vida no sea inútil, de que pueda realizarse verdaderamente según «el designio de Quien me ha creado». Últimamente el trabajo juega dos papeles en mi vida: por un lado, es un gran aliado de este anhelo (porque exhorta a una utilidad, a una realización), por el otro con frecuencia da paso a un cierto esquema de realización que, si no se llevase a cabo, representaría un «menos» para mí. Cuando me doy cuenta de este esquema me pregunto: «¿Qué es lo que modela mi personalidad? ¿Qué determina mi autoconciencia?». Aunque solo sea por las preguntas que suscita no considero un

problema la imagen de mi propia realización, por ejemplo desde el punto de vista laboral, pero necesito que permanezca el espacio para el deseo de un Tú al que pertenezco. Te pregunto: en tu opinión, ¿cuáles son los indicadores de que la realización de tu personalidad es según el designio de Dios, incluso cuando no percibes ninguna de las proyecciones personales sobre lo que podría ser tu realización?

En tu opinión, ¿cuáles son los «indicadores» de la realización de tu persona? Atengámonos a tu ejemplo: en el trabajo, ¿qué es lo que más realiza tu persona? ¿La realidad que tienes ante ti, ¿cuándo es una aliada y cuando se convierte en un esquema? *Sobre todo me hace volver a reconocermelo como misterio ante mí misma, mientras que un esquema es algo que tan solo tengo que demostrar.*

Uno sabe que está realizando su propia personalidad –dice Giussani (como has citado antes)– cuando en su conciencia hay una claridad acerca a la verdad y cuando experimenta un uso adecuado de su propia libertad. ¿Cuándo tengo una conciencia verdadera de mí mismo: cuando vivo la realidad desde dentro de un esquema, hasta el punto de ahogarme, o cuando tengo una conciencia tal de la realidad que puedo respirar? Esta es la cuestión. Para mí, una de las frases más espectaculares de este capítulo es esta: «El santo [...] actualiza la presencia de Cristo en cada momento [vive constantemente de esta Presencia en cada momento, poco a poco], porque en el santo Él determina de manera transparente su obrar». ¿En qué se ve esto? En que «el santo está presente por entero ante sí mismo» (p. 303). ¿Qué quiere decir? Cuando leo esta frase, que me gusta a rabiar, no puedo dejar de recordar a ese personaje de Graham Greene que vive exactamente la experiencia contraria: «Para mí el presente nunca es ahora» (*El fin de la aventura*, Andrés Bello, Santiago de Chile 1992, p. 55); ese hombre no coincidía nunca consigo mismo, nunca estaba presente en el momento que estaba viviendo.

En definitiva, cuando tengo una conciencia adecuada de la realidad, estoy por completo presente ante mí mismo en lo que vivo. Pensad simplemente en cuántas veces habéis estado presentes hoy en lo que habéis vivido, o cuántas veces habéis esperado que terminase esta cosa o aquella para «empezar a vivir». Entonces comenzaréis a entender lo interesante que resulta la perspectiva que indica don Giussani. La mayoría de las veces, en lugar de estar presentes ante nosotros mismos en lo que vivimos, solo esperamos que algo termine para empezar a experimentar eso que, según nuestras imágenes, debería ser la vida. En cambio, cuando uno vive todo estando presente ante sí mismo, es decir, con la conciencia de sí mismo abierta por completo a lo que está sucediendo, entonces respira; aunque se canse físicamente, puede descansar porque está viviendo plenamente. En este sentido se entiende qué es la santidad y por qué la verdadera personalidad es aquel que «se realiza a sí mismo», es decir, «cumple aquello para lo que ha sido creado» (p. 302). ¿Cuál es la idea para la que hemos sido hechos? La felicidad.

Por eso, los dos indicadores son la conciencia de sí –como *claridad de conciencia* de la verdad– y el uso de la propia libertad –como *gobierno de sí*–. Pero para nosotros muchas veces esto es demasiado, nos parece demasiado, hasta el punto de que no creemos que pueda llegar a ser nuestro.

Me gustaría retomar un par de pasajes de esta Escuela de comunidad que me han impresionado mucho. En la página 303 dice: «La actividad humana se vuelve significativa por entero: cada acto [y subrayo: cada], aun el que aparentemente menos incide, adquiere la nobleza de un gran gesto». En la página 306 dice: «Desde este punto de vista todas las cosas son milagro [subrayo: todas]. Nosotros no nos damos cuenta [podría decir: yo no me doy cuenta] porque vivimos como fuera de la trama original que nos constituye, tendemos a desatarnos a nosotros mismos del vínculo original con la realidad objetiva». Cuando leí estas cosas me surgió una especie de objeción, o una pregunta, en sentido un poco más noble.

Sale a la luz nuestro escepticismo.

¿Puede ser que quizá seamos un poco demasiado exagerados o demasiado optimistas al decir que cada acción y cada cosa es milagro? ¿O quizá no he entendido qué implica lo que dice en la página 309: «Sin una simpatía por Dios anterior, al menos implícita, no se puede captar el milagro que hay en un acontecimiento»?

Empecemos por la primera cuestión, después abordaremos esta última. «¿Puede ser que quizá seamos un poco demasiado exagerados o demasiado optimistas...?». ¿Quién responde a esta pregunta tuya, más que cualquier otra cosa?

Mi experiencia.

¿Tú experiencia? ¡No! Si así fuera, no tendrías esta objeción. ¿Quién cuestiona nuestro escepticismo?

Ver un testigo que...

¡Los santos! Los santos son quienes responden a nuestra objeción. Es el ejemplo evidente que pone don Giussani, el de Hermann el inválido. Ahí no falta ninguna de las objeciones que nosotros planteamos.

No, no.

Te parece demasiado optimista la idea de que cada acción pueda llegar a ser significativa.

Un poco ingenua, no realizable.

Que es como decir: «Es irreal, es una fantasía. No existe en la vida algo así, sería una anormalidad». En cambio, aquí se nos pone delante un hombre para el que tu mal humor no es nada, si nos atenemos a la descripción que de Hermann hace Martindale, y sin embargo su vida muestra que es posible que cada acción, incluso la más sencilla, tenga un valor infinito. Por eso, cuando alguno de nosotros termina en la trampa de su propia medida, debe por lo menos abrirse a la posibilidad de que esa experiencia sea accesible también para nosotros, como lo fue para alguien como Hermann, que tenía muchas más dificultades que nosotros. No existen argumentos que puedan desbancar un hecho así. Escribe Martindale: «Ni por un instante pudo sentirse cómodo o, al menos, libre de sufrimiento». Ninguno de nosotros podría describir así su vida, pero esta no es la cuestión. ¿Qué es lo que se percibe en Hermann? No la afirmación de su moralismo, sino «el triunfo de la fe que inspiró el amor y el triunfo del amor siempre fiel a la fe profesada». Giussani concluye: «Todo puede transformarse [hasta lo que a nosotros nos parece imposible, de modo que decimos que es demasiado optimista pensarlo] [...] si se vive en relación con la verdadera realidad [es decir]: si “se ofrece a Dios”» (pp. 304-305).

El verdadero desafío que nos plantea hoy la Escuela de comunidad es que todo, pero todo, todo, incluso lo que nosotros consideramos absolutamente profano, cualquier dolor, circunstancia, vida, puede ser transformado. Uno puede decir: «Es demasiado optimista, ni siquiera lo tomo en consideración para verificarlo, lo elimino», pero entonces uno se pierde la posibilidad de verificar lo que el cristianismo ha introducido en la vida. ¿A quién de nosotros, cualquiera que sea la imagen de santidad que tenga, puede dejar de interesarle que su propia vida sea plena? Uno podrá pasar de la santidad: «Yo no quiero ser santo porque no soy capaz de imaginarme qué significa, o bien porque no tengo la fuerza de voluntad para llegar a serlo». Pero a cualquiera le interesa que todo pueda ser transformado en plenitud de vida, a cualquiera de nosotros aquí presente nos interesa. Esto es justamente la santidad. La cuestión es que, con frecuencia, no sabemos cómo alcanzar tal plenitud, y entonces nos encasquillamos.

Estoy muy provocada por un acontecimiento que ha sucedido en los últimos días. Como una ducha de agua fría, en estos últimos días ha llegado repentinamente la noticia de que el padre de una amiga mía está muy mal: noticia que, evidentemente, nos ha desconcertado a todos. Estos días estaba leyendo el pasaje de la Escuela de comunidad en donde, hablando de Hermann el inválido, se dice: «Todo puede transformarse, y mostrar admirablemente los efectos de su transformación, si se vive en relación con la verdadera realidad: si “se ofrece a Dios”, dice la tradición cristiana» p. 305). Es un pasaje que me ha desconcertado mucho. De hecho, si pienso en la transformación, en los «efectos» de una transformación, y por tanto en un milagro, el único escenario que consigo imaginarme es la curación (cosa que, por otro lado, no dejamos de pedir).

Sin embargo, como la curación puede no suceder –y hay que empezar a valorar también esta posibilidad– me queda la duda de que decimos que «todo puede transfigurarse, incluso el dolor, la enfermedad, etc.» solo porque afrontar el hecho de que la alternativa es entre la curación o la muerte es terrible. Entonces nos aferramos al «premio de consolación», para encontrar un asidero para un dolor que de otro modo no se puede soportar. Por otra parte, me doy cuenta de que no es a fuerza de palabras o de un auto-convencimiento como puedo vencer el chirrido que experimento ante lo que dice don Giussani. ¿Cómo derribar este muro?

En tu opinión, ¿cómo es posible?

¡Eh, he venido aquí para esto!

Cuando llegamos al punto de ser desafiados por la realidad, la fe, lo que propone la fe como experiencia, nos parece un premio de consolación que no tiene la consistencia suficiente para transformarlo todo. ¿Cómo podemos responder? ¿Tu diciendo que es un premio de consolación y yo que no lo es? No, solo se necesita una cosa, querida: verificar si el relato de Hermann el inválido es un premio de consolación o si su experiencia es posible, es decir, si todo puede ser transformado cuando es vivido en relación con la realidad verdadera, es decir, cuando estamos abiertos a la realidad de Cristo. ¿Cómo hace saltar el Misterio nuestro esquema, cómo rompe nuestra medida que nos impide abrir la mirada? A través de una iniciativa absolutamente misteriosa pero real, poderosa: el Misterio empieza a hacernos ver en acto lo que parecía imposible.

Una persona (que no ha podido venir esta noche) me ha escrito que se ha visto verdaderamente desafiada por una situación familiar especialmente dolorosa, y en la que poco a poco ha empezado a dejar entrar esta Presencia: «Todo cambió el día en que dije que sí [empezó a verse transformado cuando empezó a decir que sí] al Señor, es decir, cuando le dije: “Aquí estoy, no sé cómo es posible [mi razón no es la medida: no sé cómo es posible, no consigo entender cómo pueda ser posible], pero intuyo [dejó abierta la posibilidad] que el bien para mí pasa a través de esta circunstancia dolorosa; pero tengo necesidad de Ti para vivir esta situación, ayúdame a buscarte cada día en cada circunstancia” [dejándole entrar a Él esa circunstancia, ha empezado a percibirlo no como un premio de consolación fruto de un auto-convencimiento, sino como algo real]. En mi opinión esto es el ciento por uno aquí que el Señor tiene reservado para mí, aunque me tiemblen las piernas al decirlo. Creo que se trata de un verdadero milagro. Es la evidencia de que eso que para mí era solo algo negativo (la dificultad de la que hablaba) ha sido el instrumento necesario para que abriese los ojos y mirase de verdad la situación y la realidad que nos rodea». El Misterio puede permitir una situación dolorosa, pero si la vivimos con Él, si decimos este «sí», si secundamos la modalidad con la que Él nos lleva al destino, entonces empieza a ensancharse, a dilatarse la mirada, los ojos se abren para ver la realidad que nos rodea, la realidad verdadera. Continúa la carta: «Entiendo que lo que puede parecer una paradoja es en realidad la verdadera vida, mirada no según mi medida, sino abandonándome a este abrazo tierno que experimento con fuerza sobre mí y sobre mi familia. ¡Qué gracia!». Todo cambia en el momento en que Le dejamos entrar. No es Hermann el inválido, es sencillamente uno de nosotros que, frente a un desafío, ha secundado el mismo movimiento de Hermann el inválido, y entonces ha empezado a ver los signos, a ver lo que antes no veía; y esto ha cambiado su forma de percibir la circunstancia: en lugar de percibirla como algo contrario a su persona, ha empezado a captarla como instrumento para esa educación de la que hablábamos antes. «Dios se ha hecho familiar para la vida del hombre: su modo de relacionarse con el hombre se expresa en una familiaridad experimentable a través del milagro. Por ello el milagro es el método cotidiano con el que Dios se relaciona con nosotros, la modalidad con la que Él se hace objetivo en lo contingente» (pp. 305-306). Cuando empezamos a mirar así la realidad, experimentamos lo que dice la Escuela de comunidad: todo se convierte en milagro.

Quería contarte un hecho que me ha sucedido en el trabajo y me ha permitido experimentar lo que dice la Escuela de comunidad con respecto al milagro.

Trabajo en un centro de Oncología, y el otro día empezó una terapia paliativa una chica en estado terminal; es muy joven, con una historia familiar difícil y dos niños pequeños. Cuando llegé, mis compañeras y yo nos quedamos hechas polvo por la imponentia y por la impotencia con respecto a lo que estaba sucediendo ante nuestros ojos. Nos quedamos en silencio y no éramos capaces de mirarla a la cara. Yo estaba muy dolorida, no podía dejar de pensar en ella y en su familia. Me sentía como en una jaula de dolor sin salida. Y mientras volvía a casa en coche le dije a Jesús que estaba muy enfadada con Él porque no podía dejar que una madre joven sufriese así. Hablando con mi novio, me respondió pidiéndome que rezara por ella y yo le dije: «No,

ni hablar, no hablo con Jesús porque estoy enfadada con Él». Por la tarde leí la Escuela de comunidad sobre el milagro y me rebelé. Pensé: «No, lo que he visto esta mañana no puede ser un milagro, porque es una tragedia». Sin embargo, me traspasó el corazón leer lo que dice don Giussani: nosotros «llegamos al punto de pretender que es actitud crítica lo que únicamente es aridez» (p. 306).

¡Atención! Lo que nosotros llamamos «actitud crítica», es decir, realismo, no es sino «aridez». ¿Entendéis la diferencia?

Ostras, es verdad: estaba enrocada en mi posición, que consideraba verdadera, más inteligente y más realista. Pero en realidad era reducida, no era verdadera hasta el fondo.

«Era reducida», y por tanto árida.

Y lo entendí por un piloto que se encendió.

¡Mirad! «Un piloto». La experiencia no nos deja seguir adelante por mucho tiempo sin que se encienda algún piloto. ¿Y cuál era el piloto?

Esa posición no me daba ni paz ni alivio.

«Ni paz ni alivio».

Y cuando una posición frente a la realidad te bloquea en vez de liberarte, significa que falta algo, que algo no ha ido bien.

Para entenderlo no se necesita un máster universitario, basta con secundar los signos, los pilotos de la realidad.

Y yo estaba así. Al leer cómo describía Giussani la relación entre Jesús y el Padre, vivida en esa «transparencia inmediata», empecé a mirarme, a mirarme como en el espejo, y en un segundo es como si hubiesen salido a la luz todos los momentos en los que he vivido por gracia esta transparencia, y estaban más vivos que nunca. Y es como si hubiese dejado entrar esta posibilidad incluso ahí, en ese momento. Y me puse a llorar de conmoción, porque experimenté un consuelo que hizo saltar por los aires mi cerrazón. Y sí, esa chica se convirtió para mí en un milagro: porque la realidad no es milagro cuando yo puedo medirla o puedo modelarla a mi gusto, sino que es milagro «el método cotidiano con el que Dios se relaciona con nosotros, la modalidad con la que Él se hace objetivo en lo contingente» (pp. 305-306). Y el buen Dios se ha servido de ella para suceder delante de mí.

¿Comprendéis? La lucha es contra ese modo de relacionarlos con la realidad con esa aridez que nos impide ver, y que llamamos actitud crítica («Nosotros comprendemos las cosas mejor que cualquiera»); pero enseguida se enciende el piloto: ni paz ni alivio. La alternativa es abrirse, y entonces aparece otra posibilidad que es lo contrario de la aridez. ¿Y qué es lo contrario de la aridez, según Giussani? La «transparencia inmediata» de la realidad (p. 306) ante nuestros ojos, tal como Jesús la vivía. No es un problema de moralismo, sino de actitud con respecto a la realidad; no se requiere ninguna dote particular, no se necesita ninguna energía especial, hace falta simplemente abrir esta mirada para ver la realidad cuando sucede. Te ha bastado dejar entrar esa posibilidad y no has podido evitar llorar de conmoción. ¡Algo muy distinto de un premio de consolación! Esta es la modalidad objetiva de la relación de Dios con nosotros. Pero, ¿cómo podemos educarnos para vivir esta transparencia? ¿Cómo sucede? ¿Cómo se vuelve cotidiana?

En la Escuela de comunidad leemos: «Del mismo modo, a medida que uno vive más la fe en la presencia de Cristo en la Iglesia, el asombro por las señales de Dios brota incluso en las situaciones más ocultas, hasta en el asalto de los pensamientos más recónditos. Entonces no hace falta que se produzca un choque particular para recordar el origen grande que constituye la vida; basta la normalidad de cada instante» (p. 306). ¿Entendéis? «No hace falta un impacto especial», un espectáculo hollywoodiense que nos impresione; «basta la normalidad del instante».

Lo digo porque lo que he visto en estos meses ha sido un poco la confirmación de la intuición que muchas veces he tenido sobre el cristianismo y sobre el movimiento, es decir, que no hay nada mecánico, y que si alguien te ayuda a estar delante de las cosas es todavía más fácil y bonito. Y esto no es algo que haya que dar por descontado. De hecho, antes de acercarme de nuevo al movimiento me había alejado por una serie de circunstancias, porque no aceptaba ese continuo «movimiento» de la vida, el hecho de que no puedo resolver yo todas las cosas y de que no existe respuesta para todo, para todas las circunstancias. Veía que las cosas proseguían de este modo y, evidentemente, estaba insatisfecho. El gran descubrimiento de este año ha sido darme cuenta de que las cosas suceden y de que es suficiente con estar atento.

¡Atención! «El gran descubrimiento ha sido darse cuenta de que las cosas suceden», es decir, darse cuenta del milagro que está sucediendo, ¿no?

Sí. Pongo dos ejemplos. Este año he empezado unas prácticas en un centro para personas con lesiones cerebrales, o sea, trabajo con gente que tiene una serie de problemas. Al principio estaba contentísimo, porque era un sitio estupendo. Pero al cabo del tiempo, aunque seguía yendo con una cierta expectativa, poco a poco empezaron a disminuir las ganas de ir. Sin embargo, veo que cada vez que voy con una posición de espera, sucede siempre algo que me sorprende. Sucede lo mismo con el equipo de fútbol al que entreno: a menudo voy con la idea de que tengo que enseñarles todo perfectamente, de que las cosas tienen que durar un tiempo determinado; sin embargo, todo este esquema se desmonta poco a poco. Y cuando estoy abierto a lo que ellos me dan, me hacen ver, es más bonito. En esta serie de cosas que me han sucedido y suceden, la compañía que algunas personas me hacen (mi novia y algunos amigos universitarios) es esencial para tratar de no perderme nada. Si no fuera así, creo que estaría igual que hace un año y medio. Por desgracia, sin embargo, a pesar de todo esto, de vez en cuando me cuesta mucho mirar y fiarme. Me gustaría tener la certeza de que este método conviene, pero no la tengo, y no me gusta.

Esta noche han salido ya algunas sugerencias sobre cómo se llega a esta certeza. La cuestión es si tú secundas la iniciativa que el Misterio ha tomado contigo. Hay que darse todo el tiempo necesario. En este sentido, lo más fundamental, desde el punto de vista educativo, lo has citado tú: «Cuanto más vive uno la fe en la presencia de Cristo en la Iglesia», más capaz es de darse cuenta de los signos de Dios, incluso en las situaciones más escondidas.

El domingo por la noche fui a escuchar el Concierto para orquesta de Bartók (compositor húngaro que vivió a caballo entre los siglos XIX y XX). Todo el tercer

movimiento está atravesado por la insistente presencia de una nota muy aguda (un si, para ser más exactos) ejecutada por el flautín, con el cual cada componente de la orquesta (arcos, vientos, maderas) entra en diálogo por turnos. Lo que más me asombraba era lo que me sucedía a mí: mientras escuchaba, toda mi atención se dirigía al flautín, a ese punto que en ese momento era el protagonista de toda la ejecución. En ese mismo punto, sin embargo, en esa única nota se consumaba una lucha dramática: por una parte, la posibilidad de agotar toda la energía de atención fijándome en la parte del flautín, distrayéndome y perdiéndome de este modo la ejecución en su totalidad; por otra, utilizar ese punto, esa nota como el foco visual, el punto de vista para escuchar las demás partes de la orquesta que entraban en diálogo con ella. La centralidad de esa nota en la mente de Bartók se explica quizá únicamente en función del movimiento completo, que lo unifica todo atravesándolo. Era al punto desde el cual poder comprenderlo todo. Este hecho tan irrelevante en apariencia, aunque me gusta muchísimo la música, me volvió a la cabeza a la mañana siguiente cuando, al llegar a la universidad, me encontré con una amiga que estaba hecha polvo porque se había enterado de la muerte prematura de la madre de un amigo. Me quedé impresionado cuando me hablaba de la compleja situación familiar que dejaba y de lo joven que era esa mujer. Atónito, pasé incluso un momento bloqueado frente a la muerte, fijo en ese punto, justamente como ante la nota del tercer movimiento de Bartók: la muerte se convierte en un punto que por intensidad se convierte en el todo. Ante esto me pregunté: pero, ¿y si no fuese todo? ¿Y si fuese el punto (por muy horrible que sea) mirando al cual «el ojo es llevado a abarcar todo lo demás» (como dice la Escuela en la página 306)? En esta pregunta se consume esa misma lucha: o el punto de la realidad que tengo delante de mí es el «todo», o es el nexa con el todo, es decir, el lugar en el que Dios me obliga a fijarme en él. Es un milagro. En esta lucha es vencido ese «defecto que hace parcial nuestra mirada», que me lleva con frecuencia a olvidar la relación entre un punto concreto de la realidad y su totalidad. Sin embargo, esta lucha no se ha consumado en mis pensamientos sino ante los hechos: la prontitud con la que mi amiga se dirigió a Bérgamo para hacer compañía a ese amigo que se encontraba solo en el hospital; la rapidez con la que todos los amigos del grupo de fraternidad se movieron para organizarse y estar cerca de él o el rosario que esa misma noche rezaron juntos. Ese punto, tan insostenible por sí mismo, se había convertido en el punto para abrazar las cosas como nuevas, es decir, como dadas. Ahora comprendo la Escuela cuando dice: «Todas las cosas son milagro» (p. 306). Incluso una nota musical en un concierto, si es vivida desde dentro de la trama original que me constituye, puede obligarme a fijarme en Él siempre, incluso ante la muerte.

Y cuando uno comienza a experimentar esto, explota el deseo.

En tu reciente entrevista publicada en Il Corriere della Sera («Los soberanismos están condenados al fracaso. El cristiano ha de vencer el miedo», entrevista de Gian Guido Vecchi, 10 de enero de 2019) me impresionaba mucho el relato del inmigrante que, en un centro de acogida, escucha cómo le preguntan si quiere para comer carne o pescado, y se conmueve por esta atención que tienen con él. Me ha impresionado ahora porque, al leer la Escuela de comunidad en el punto que habla del milagro, Giussani

dice que es «como un acento particular de determinados acontecimientos que reclama inexorablemente la atención hacia Dios», y más adelante dice: «para los demás son cosas que pueden ser incluso banales o darse fácilmente por descontadas, que pueden interpretarse como casualidades; para el individuo al que le suceden son un reclamo potente» (p. 307). Por la experiencia de vida que ese hombre tenía, un hecho sencillísimo y banal para nosotros, a él le pareció como algo que inevitablemente le hizo percibir un acento distinto, a sus ojos fue una especie de milagro que alguien le mirase así, y le asombró hasta el punto de hacer que se conmoviera. Mi pregunta es justamente sobre esto, porque también a mí me sucede así: cuando en una situación o en una relación personal o de trabajo percibo todos mis límites, porque no sé cómo salir de ese impasse, entonces me doy cuenta de que no soy yo la que crea la realidad, hasta el punto de que las cosas no van como yo querría. Lo que sucede es que me sorprende «pobre», porque no tengo instrucciones de uso y no sé cómo apañármelas sola, tengo que apoyarme a la fuerza en Aquel que —es tan evidente en esos momentos—, tiene en su mano mi vida, y me descubro mendigando literalmente una respuesta, que suceda algo en la realidad que me permita comprender, que arroje luz sobre eso que no consigo resolver. Y en esos momentos presto atención a todo, y de forma extraña siempre hay algo que sucede (un versículo de las vísperas, una palabra dicha casi por casualidad por un amigo), que responde a mi pregunta de modo tan desbordante, tan verdadero que inevitablemente me hace pensar en una iniciativa de Dios, en algo que ha sido puesto ahí justamente para mí, no por casualidad, y que me permite volver a empezar. A menudo no resuelve mi situación, pero mi posición frente a la situación cambia ciertamente. Pues bien, a mí me gustaría este milagro a cada instante. Me gustaría ser siempre tan preferida por Dios. Pero sobre esto, dice Giussani: «Cuanto más consciente es un hombre y más viva es la sensibilidad que tiene del nexo con el Otro [...], más tiende todo a convertirse en milagro para él» (p. 306). Entonces, ¿qué me ayuda a tener esta posición, a permanecer en la espera y a evitar que se vuelva pretensión?

¿Cómo te ayuda el Misterio? ¿Por qué lo que leíste en mi entrevista se ha vuelto elocuente para ti precisamente ahora?

Porque me ha impresionado muchísimo el nexo entre la experiencia de ese hombre y lo que me pasa a mí cuando soy como ese hombre, es decir, pobre.

Es decir, cuando reconoces tu dependencia.

Exacto.

La dependencia en lugar de la autosuficiencia. En lo que dices nos reconocemos todos: «Me gustaría este milagro a cada instante». Nos gustaría vivir la realidad con la transparencia con la que Jesús vivía cada instante. ¿Por qué? Porque la vida se convierte en otra cosa, y entonces la santidad empieza a ser interesante. ¿Qué método usa Dios? Dios reclama de forma extraordinaria al individuo a través de hechos particulares, como vemos en los milagros. Lo dice san Agustín comentando las bodas de Caná (que leímos el domingo pasado en el Evangelio): «Dios se ha reservado, digamos, ciertos hechos insólitos [ese milagro], como para despertar mediante maravillas a los hombres de su sopor [lo que nos impide ver], para que lo adoren» (*Comentario al Evangelio de Juan*, homilía 8). Entonces, ¿qué valor tienen estos momentos particulares a través de los

cuales Él nos educa, como se decía antes? ¿Cómo se realiza esta función edificadora de la conciencia de la persona? A través de ellos el Señor nos reclama ensanchando de nuevo nuestra razón, de modo que pueda ver el milagro que está sucediendo. ¿Cuál es la condición para poder verlo? No es suficiente que se den los milagros, porque a menudo suceden delante de nosotros, pero no los vemos; hace falta –y así respondo a la segunda pregunta del amigo que ha intervenido antes– una apertura, una simpatía, porque sin esta «simpatía por Dios anterior, al menos implícita, no se puede captar el milagro que hay en un acontecimiento» (p. 309). Si no se da esto, existe un defecto en la mirada que nos impide ver. Este es el valor educativo de los gestos que Dios realiza: a través de ellos nos abre, permitiéndonos ver cuanto está sucediendo ante nuestros ojos.

Pero esto requiere algo por nuestra parte: «El compromiso del hombre, su disponibilidad, deben conducirlo a abrirse también a la existencia experimental de un acontecimiento que no puede explicarse con las categorías de la sabiduría puramente racional o científica» (p. 310). Esta es la aventura en la que estamos inmersos. Si no queremos perdernos el espectáculo del milagro que sucede ante nuestros ojos (y que a menudo, por nuestra aridez y falta de transparencia, no percibimos), la única posibilidad es secundar la modalidad que nos enseña a asumir Su misma mirada. De este modo, poco a poco, empezaremos a sorprender en nosotros la mirada que tenía Jesús cuando miraba los lirios del campo o los pajarillos: veía vibrar todo, y esa era la modalidad con la que el Misterio que era su Padre hacía de todo lo que sucedía un acontecimiento. Y todo se convertía en milagro.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 20 de febrero a las 21 horas.

Continuando con este segundo capítulo «Por el fruto se conoce el árbol» de *Por qué la Iglesia*, trabajaremos los puntos sobre las otras dos características de la santidad (como hemos visto, la primera es el milagro): el equilibrio y la intensidad, desde la página 313 a la 317.

El libro del mes para febrero y marzo es *La nostra morte non ci appartiene*. Narra la historia de los 19 mártires de Argelia que fueron beatificados el pasado 8 de diciembre. Este libro enlaza perfectamente con el tema de la santidad que estamos trabajando en la Escuela de comunidad. Su testimonio nos hace estar aún más agradecidos al Señor.

Banco Farmacéutico. El sábado 9 de febrero tendrá lugar en toda Italia la Jornada de recogida del medicamento. En miles de farmacia se recogerán medicinas que se harán llegar a más de 1700 entidades asistenciales que atienden a los pobres. Se nos ofrece nuevamente la posibilidad de vivir un gesto de caridad, que es el corazón del modo de vivir que Cristo ha traído al mundo. La caridad, como se testimonia perfectamente en la revista de este mes –que os invito a leer con atención–, es precisamente la impronta más fuerte del cristianismo en la historia. Para la Recogida de medicamentos se necesitan numerosos voluntarios. Quien desee participar puede encontrar toda la información al respecto en el sitio del Banco Farmacéutico.

En este periodo se celebran en Italia y en el extranjero las misas para recordar el aniversario del reconocimiento de la Fraternidad y el aniversario de la muerte de don Giussani. Son un gesto de agradecimiento por todo lo que se nos ha dado a través de esta compañía y para pedir permanecer siempre fieles al don recibido.

Veni Sancte Spiritus

Buenas noches a todos.

© 2019 Fraternità di Comunione e Liberazione